

Luis Jorge Arnau  
*La reunión  
del chocolate*

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL  
DE PUBLICACIONES



EDITORIAL PARALELO 31 S.A. DE C.V.

*La reunión del chocolate*

Primera edición, 2014  
Colección Artificios

Coedición: Editorial Paralelo 21 /  
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-  
Dirección General de Publicaciones

D.R. © Luis Jorge Arnau  
D.R. © Begoña Zorrilla

D.R. © 2014, Editorial Paralelo 21, S.A. de C.V.  
Ricardo Palmerín 11, Col. Guadalupe Inn.  
C.P. 01020, México, D.F.  
[www.mexicanisimo.com.mx](http://www.mexicanisimo.com.mx)

D.R. © 2014, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes  
Dirección General de Publicaciones  
Avenida Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc.  
C.P. 06500, México, D.F.  
[www.conaculta.gob.mx](http://www.conaculta.gob.mx)

ISBN 978-607-7891-17-8, Editorial Paralelo 21  
ISBN 978-607-516-920-0, CONACULTA

Diseño: Bruno Pérez Chávez  
Ilustración de portada: Begoña Zorrilla

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

IMPRESO EN MÉXICO

PRINTED IN MEXICO

Luis Jorge Arnau  
*La reunión  
del chocolate*

## ☛ UNO 1837, LA LUZ

**E**n cuanto cruzó la última reja enmohecida, un golpe de luz le destrozó la visión, obligándolo a recargar su cuerpo magullado contra la barda que limitaba el presidio, mientras esperaba a que matices y formas se reacomodaran en su mirada. Respiró con ansiedad, como si fuera a acabarse el aire, sin acostumbrarse del todo a la entrada de oxígeno a sus pulmones. Notó la ausencia de aquel hedor que supuraban las paredes y la epidermis de los prisioneros, incluido él mismo, y que formaba parte de su universo particular desde hacía media vida. En esos instantes, el olor a su alrededor era inusitadamente fresco, transparente, amable, contagioso, de frutas y piel de tierra, humano, un aroma casi divino. Tras un goteo de segundos enormes, el corazón fue recuperando su ritmo y aquel desagradable cosquilleo que recorría sus piernas empezó a desvanecerse por espasmos. Temblaba.

Pasaron los minutos, salvajemente lentos, casi deletreados, causándole un pánico incontrolable ante la posibilidad de que aquella oscuridad fuera definitiva, como si se tratara de un último y máximo castigo presentándose irónico a rematar a la víctima. ¿Qué haría, a ciegas, con los remedos que aún le había dejado la vida? La sola idea causó que su respiración volviera

al pánico. Un instante, y nada. Otro más... otro... sin exhibir ninguna mejoría en su tiniebla, mientras los ruidos en todas partes parecían no tener remitente: un crujido, el zumbido de unos moscos, gritos furtivos, el graznar de un ave, jirones chillantes de viento... Tampoco aparecía Dios, pese a que a gritos lo llamaba en su silencio.

Gracias a la Santísima, al cabo de una pausa eterna, la primera gota de luz pinchó su horizonte, luego otra que ayudó a formar una línea, y una más, de inicio perfilando contornos turbios y fantasmales para adquirir más tarde, en medio de sádicas pausas, extrañas formas alargadas, hasta que el paisaje aún deforme le permitió descubrir figuras humanas, un tendajón de puertas abiertas, una calle al fondo de la plaza, dos palmeras, una nube bordeada de un brillo luminoso, un trozo del astro rey al que no había visto directamente en años... todo aquello le trajo de vuelta una alegría casi olvidada y, entonces sí, como un tifón, llegó la sensación abrumadora de la libertad recuperada. Trató de llorar, pero se lo impidieron los lagrimales atrofiados por el polvo, los únicos sentimientos visibles de zozobra eran esos latidos que dolían acelerados y la inquietud de no saber qué hacer, a partir de aquel momento, con lo que le quedaba de vida. Antes de ese instante había llegado a la conclusión de que no había más mundo que aquella celda dominada por las sombras, el planeta era una inmensa jaula donde todos vivían tras barrotes, nada para los humanos allá afuera, más que un vacío que calcinaba. Lo que estaba sucediendo no podía ser cierto, pensó en un momento que se repitió en otro, y luego en otro, y otro, hasta que las figuras en su cerebro pudieron exhibir su heroica nitidez ratificando que, en verdad, era un hombre libre.

Una ruidosa realidad se amontonaba alrededor de la prisión. Cientos de vidas cargando sus propias desgracias y sus propios gozos cruzaban frente a su vista recuperada, sin reparar en el individuo que, en apariencia ebrio, hacía esfuerzos desmesurados por mantenerse de pie. Eran los rostros desconocidos de la vorágine: iban, venían, gritaban, discutían, ofrecían, lamentaban, reían, negociaban, sobrevivían. ¿Notarían que era un antiguo convicto? ¿Reconocerían en sus andrajos al prisionero venido de América y finalmente liberado tras una desproporcionada condena? Vio a un hombre anciano y menudo agitando su andar a velocidad inusitada, cargando sobre su cabeza un enorme canasto; dos soldados causar miedo en una esquina; una mujer gorda y cacariza ofreciendo hierbas curativas a los caminantes; una muchacha con el pelo recogido, vestida de blanco, asomarse desconfiada antes de cruzar aquella calle salpicada de pobreza; una calesa de dos ruedas jalada por un jamelgo lerdo y aburrido que arrastraba las patas, todos ellos indiferentes a su figura enclenque, sumida en una maraña de sentimientos inconexos, recargada en un muro cuyo deterioro causado por los siglos era evidente. Todo el mundo estaba vivo allá afuera... afuera, hermosa palabra que más de una vez había condenado al olvido.

Decidió al fin ir en pos del otro extremo de aquella plancha de tierra y probó la fuerza de su pierna izquierda; la derecha; la izquierda nuevamente... Dolían ambas, a cual más, pero seguían sirviendo. A los seis pasos, un nuevo mareo lo detuvo a media calle, esta vez sin contar con el soporte de pared alguna. Esperó, contemplando aquella maravillosa imagen de la realidad dándole la bienvenida. Ahí estaba, frente a él,

el mundo de los vivos. Los sonidos salpicaban sus oídos, pero no se escuchaba entre todos ellos la voz del celador haciendo sentir su poder y su desprecio, ni los ronquidos enfermos de otros convictos, ni los llantos. Retomó el paso a menor velocidad, dejando breves instantes al descanso tras el movimiento de cada pie. Llegar al fondo de aquella plaza surgida frente a la entrada de la prisión le tomó media tarde, mientras los huesos y los músculos se recuperaban parcialmente de la atrofia ocasionada por el encierro y el viento saludaba los primeros días de aquel año: 1837. Con la misma parsimonia caminó por las calles anegadas tras las últimas lluvias de un largo monzón de verano que en esta ocasión se había alargado hasta enero, pero eso pareció no importarle a su caminar torpe y lastimoso que empezó a rejuvenecer ante las mil sensaciones que se precipitaban frente sus ojos.

Sin dirección fija ni horario de llegada a ningún lado deambuló entre los carretones y el gentío que circulaba por el puerto gritando en tagalo su lucha por la vida. Sudaba. El agotamiento le forzó a buscar un pedrusco para descansar. Había recorrido, en un par de horas, un trecho mayor a todo lo caminado en dos décadas dentro de las paredes que lo tuvieron preso. Por la calle, unos niños jalaban un pequeño marrano remilgoso, quizá de camino al matadero; el cerdo chillaba ante los jalones de aquel par de infantes, indiferente a las quejas del animal que presentía lo peor. Había olvidado cómo eran los niños y la despreocupación con la que eran capaces de ver la vida. No tenían más de doce años y se movían ligeros, sonriendo de una manera completa, de ésa que él tenía prohibida en cautiverio —lo primero que mata la cárcel son las ganas de reír—;

hipnotizado, los vio perderse en la boca de un callejón entre el gentío en movimiento, aunque las protestas del animal no se fueron del todo entre las construcciones y siguieron presentes en su cerebro durante un tiempo.

Cuando al fin pudo sentarse para dejar que aminorara el hormigueo que le recorría las piernas, haciéndole imposible dar un paso más, reconoció que aquello era mucho más que un sueño y que había dejado atrás la prisión.

—Estoy libre.

No pareció importarle que nadie hubiera puesto atención. Tampoco pudo explicarse si se trataba de un grito de felicidad o de miedo, si era un anuncio o un epitafio, si tenía que preocuparse por tamaña victoria. Aún no podía definir a qué sabía la libertad, ni cuáles eran sus olores propios.

—Soy libre.

Quizá había música en el ambiente, o eran simplemente las ramas de los árboles tallando su pereza contra el viento.

—Soy libre.

Respiró inquieto. ¿Era una broma? ¿Volverían por él en cualquier instante, para continuar su sentencia a muerte? Agobiado por sus miedos, giró la cabeza para comprobar que nadie lo seguía. Pasó el silencio.

—Soy libre.

Si el Creador no apareció, al menos le repuso la sombra que había perdido en el encierro. La contempló encorvada, quizá por la angustia de no entender lo que estaba pasando. Por fin, gracias a su reflejo negro recostado en el piso, estaba nuevamente completo; mil años más viejo, pero en una sola pieza.

—Libre. ¡Dios!

No pudo en ese momento hacer cuentas del tiempo transcurrido desde aquel día fatídico que inició todo, el 14 de septiembre de 1810. Habían pasado veintiséis años, cuatro meses y trece días.

## ☛ DOS 1808, QUERÉTARO

Sentado en una vieja silla arrumbada al fondo del pasillo de su casa, Epigmenio miraba hacia ningún lado, esperando a que diera la hora precisa para salir hacia la tienda. Disciplinado, metódico, unos minutos antes había peinado aquellas patillas enormes tras afeitarse de su rostro cualquier huella de bigote, que consideraba de mal gusto y de bajo nivel. Los primeros brillos dramáticos del parto de luz de la mañana se asomaban lejanos y silenciosos, sin un gallo, ni un resoplido de las vacas del corral de enfrente, ni un marrano chillón, sólo la grieta por donde se anunciaba un sol infantil, largo y aburrido, para otro día sin nubes.

Acostumbraba salir cuando su ennegrecido reloj de bolsillo indicara la falta de diez minutos para las siete y recorrer las cinco calles que lo separaban de la Plaza de San Francisco, llegando justo cuando las campanas queretanas anunciaban a la población el inicio de las celebraciones litúrgicas y el final de la noche, el tiempo del diablo. En el camino decía sus oraciones de difuntos, moviendo apenas la prominente quijada y esa boca diminuta, del ancho de su nariz, además de saludar con discreción a los pocos ciudadanos que en horas tempranas cruzaran por su camino. Eso haría, en tanto su

cuerpo abandonara aquel evidente desgano y el deseo enorme de dejar pasar la vida sin hacer esfuerzos en exceso. Eso haría. Eso mismo y nada más.

Al sacudir el polvo acumulado la víspera en los hombros de su chaquetín notó que su camisola requería de una pronta almidonada. Suspiró. Para ciertos menesteres, se sabía un inútil. Hacía unos días que María Anastasia había muerto dejándolo en el desamparo de la soledad inmanejable. Durante siete años fue el candelabro que alumbró sus esperanzas de ser un ciudadano honorable, un cristiano ejemplar, un cajero eficiente en la pulpería de doña María del Carmen Covarrubias, un esposo atento y, sobre todo, un padre satisfecho y pródigo, pero, como la distancia entre los deseos y la realidad suele ser enorme, la paternidad no fue posible, por la voluntad de Dios. Los niños no se habían logrado, apenas tuvieron tiempo para algunos llantos, para las primeras leches, para desatar el orgullo evidente del padre y se marcharon del mundo dejando a la pareja indefensa y marchita, anclada en dolores inexplicables para los que ni la fe es capaz de proveer consuelo. Quizá eso había sido lo que afectó la salud de su mujer quien, tras haber sufrido en dos ocasiones aquel máximo dolor, fue apagándose sin que los médicos o los rezos o las hierbas fueran capaces de mantenerla viva un poco más, lo suficiente para dejar estirpe en la tierra. Las visitas del doctor Asensio a aquella casa inundada de plantas se fueron haciendo más frecuentes y más descorazonadoras.

—Perdona, mi amigo, pero no sé qué es lo que tiene.

—Se me está muriendo.

—La ciencia que poseo no es suficiente. ¿Has llamado al cura? Habrá que resignarse y estar preparado para lo peor.

Efectivamente, lo peor llegó, una tarde angustiosa en que María Anastasia dejó de persignarse y dejó de responder a sus preguntas y dejó de ver por la ventana y dejó de agitar su cuerpo agónico, para abandonarse a la Señora Eterna sin hacer más reclamaciones ni dejar encargos para la vida. Él le habló quedito, diciéndole cosas sobre la existencia con ella y la existencia sin ella. No estaba preparado para los espacios en el cuarto que se harían enormes, oceánicos, si lo dejaba en el desamparo. Un muro silencioso se instaló entonces en el cuarto, duro, tieso, demencial, esperando inútilmente que le regresaran los latidos. Tal vez ella se compadeció, pero ya no era dueña de su respiración y tras el último suspiro gutural le dejó los recuerdos, los dolores y una fe muy lastimada como para empezar a buscar resignación en alguna parte.

Y así, de pronto, el hombre de la vida fue doblado por la muerte, que no le dio espacios para mostrar su valor tradicional, su fuerza. Quizá de poco hubieran servido su firmeza y su voz comprometida, pero nunca se abrió en el cielo un espacio para permitir una protesta por los abusos, como era su costumbre, o por lo oscuro, como hacía a menudo. Había quedado silenciado por un poder que no era tan tolerante como el virreinal.

La extrañaba. Echaba de menos su sonrisa ligera y su disposición eterna, su solidaria espera nocturna mientras él revisaba en aquellas enormes libretas el resultado de la venta diaria, su amor por las plantas que fueron asilándose en el patio al amparo de sus cuidados, su gusto de vestirse con rebozo y enaguas de chomite, su andar con trancos musicales llenos de ritmo, su tolerancia, su amor perfecto. No encontraba sentido a esa ausencia, ni resignación cristiana,



ni paz ante los extraños designios del Creador. ¿Por qué a ella? ¿Por qué a él? Por las tardes, al terminar las labores en la tienda y harto de supurar tristezas por la herida, acostumbraba caminar sonámbulo por las calles, esperando que el tiempo se fracturara a la llegada de la noche y olvidar esos dolores que le inundaban el cuerpo. Cubierto con un jorongo pajizo y un sombrero ajado que lo escuchaban rumiar tonterías, dejaba a sus piernas decidir el ritmo y tomar control de su vida al tiempo que bordeaba la calle del Biombo en dirección a la Plaza Mayor y de ahí por la calle Cerbatana, la de Regocijo y la calle Cornelio, pasando por la Plaza de Santa Cruz y subiendo la loma por La Liebre y Los Cipreses hasta llegar al acueducto, que brillaba en ocres, y a los cerros apretujados en la cañada que conducía al molino en el poblado de Hércules, entre los vendedores vespertinos que salían a las calles a desatar olores y ofrecer asaduras sancochadas o mondongo hirviendo. Las gallinas y los cerdos escapados de su encierro deambulaban orondos entre los carretones ruidosos, conducidos con frecuencia por cocheros léperos de muy limitada educación y pocos modales, quienes desbocaban sus cabalgaduras produciendo continuos espantos entre los habitantes. Debía, como gente de bien a esas horas, resguardarse en casa para hacer penitencias y rezos, pero se abandonaba en matar la tarde mirando a los indios en los estancos y a los monjes en procesión hacia el templo. Sólo la ausencia de luz le recordaba que aún faltaba el camino de regreso y que el suicidio por abandono era penado por la Santa Iglesia con el infierno eterno, por lo que reencaminaba sus pasos al descubrir al sereno, con linterna de aceite,

chuzo y escalera al hombro, empezar la diaria labor del encendido de las farolas. Era el tiempo de volver para cumplir el castigo de seguir con vida, sin ella.

Sin guía, sin luz, pareció sucumbir a la voráGINE. Los sábados, invariablemente, iba al cementerio pasando el mediodía, a escuchar a los difuntos murmurar recriminaciones y a los vivos prometer duelos eternos, recogía las hojas secas que habían inundado durante la semana la lápida de su mujer y hablaba con ella sobre lo poco que cambiaban los días y lo mucho que le hacía falta a su espacio y a sus plantas que morían de sed aunque él las regara diariamente. Por las mañanas, las ocupaciones eran un bálsamo sagrado para su ánimo ojeroso. La Plaza de San Francisco proporcionaba una excelente localización para un negocio como La Concepción. Hacía un año, en 1807, que los hermanos González habían celebrado un convenio para administrar la tienda a medias, tras la muerte de la dueña original, una mujer agradecida por su trabajo que le heredó la casa de la Calle del Gusano, un hogar cercano al río al que llevó a su mujer, apenas para que terminara de morir-se. La Concepción abría muy temprano para surtir a las indias que aparecían silenciosas con el sol a comprar maíz, frijoles, pilones de azúcar, chiles y velas. A media mañana la circulación de clientes era continua pues aparecían las dueñas, las españolas de cepa y las criollas, acompañadas de un criado, con ganas de buscar telas y encajes nuevos y de probar el queso que los hermanos ofrecían en cubitos perfectos sólo a la clientela distinguida. Para ellas tenían embutidos, sal en grano, especias, olivas de la península, inclusive algunos cosméticos llegados de la capital. Cuando la canícula queretana mostraba

sus rencores, el local presentaba un excelente parapeto con sus techos altos y piqueras para la venta de licores a un lado de dos grandes balanzas metálicas en aquel mostrador immaculado que invitaba a la compra. Los jóvenes se entretenían tomando una limonada mientras aparecía alguna muchacha, muy vigilada por su nana, en busca de golosinas de anís o panes de dulce y los miraba sin mirarlos, dejando una promesa en el aire de volver al día siguiente. Antes de cerrar, al terminar la tarde, los cuatro enormes portones simétricos habían recibido a un gran número de los habitantes de Querétaro en su búsqueda de provisiones, de charla y de chismes. A veces, cuando ella vivía y su esposo no se consideraba un cadáver, llegaban los indígenas a verlo a la llegada de la noche, buscando consejos o defensa. Epigmenio asumía como propios sus lamentos e iba de autoridad en autoridad buscando obtener piedades y perdones, por ellos perdía la cabeza y aumentaba enemigos, pero resolvía o consolaba, aun a costa de su propia calma y la mirada estricta de los inquisidores. Pero eso cada mañana se volvía un pasado más remoto y su única concentración se volvió la tienda.

Se podía, con gran facilidad, palpar la tranquilidad natural de la vida provinciana, pero también el sentir ciudadano ante los contratiempos sociales y políticos, con base en la frecuencia y el volumen de las ventas de La Concepción. El mostrador de aquella pulpería era capaz de traducir los miedos y las incomodidades gracias a la periodicidad de las compras o a los abastecimientos de pánico para prever cualquier escasez. Y eso precisamente estaba sucediendo desde junio cuando, a bordo de la fragata *Ventura*, llegaron inquietantes noticias surgidas

en la convulsionada Europa, entre ellas la más importante: las abdicaciones en Bayona de Carlos IV y Fernando VII. La terrible historia de los últimos decenios españoles, manejados a placer por Manuel Godoy, había terminado en una sucesión de eventos inexplicables a la distancia, con la corona yendo y viniendo entre Carlos y Fernando y luego de ellos a Napoleón, para premiar por nada a su hermano José Bonaparte, el soberano de las Dos Sicilias. España y sus colonias tenían ahora un opresor francés y una guerra atorada para adaptarse u oponerse a la afrenta del sometimiento. La sociedad peninsular hervía, como siempre, dividiendo las conciencias entre los resignados y los contestatarios que deseaban honrar la frase de su escudo nacional: “Plus Ultra”, más allá, invitándolos a desafiar los límites. Primero había sido el esperanzador Motín de Aranjuez, donde la ira popular logró por fin remover a Godoy y de paso la abdicación de Carlos; luego el levantamiento del 2 de mayo tras el escándalo en Bayona, cuyo grito independiente fue tan fuerte que se escuchó en América; el orden y las instituciones estaban seriamente fracturados y las noticias llegadas por Veracruz indicaban a los habitantes de la Nueva España que habían quedado parcialmente en el desamparo.

La información corrió de la mano de los rumores que crecían como la peste, entrelazándose hasta confundir a todos. A la salida del templo o al regreso del campo, en las ceremonias y en las tertulias, la gente pasaba inquieta por La Concepción, trayendo su propia aportación al caos.

—¿Sabe usted algo, Epigmenio? ¿Qué cuentan las autoridades? Porque por ahí se anda diciendo que el Santo Papa intervendrá excomulgando a Napoleón para devolver el trono a Fernando.

—La Iglesia apoyará a los franceses.

—¿Nuestra Iglesia? Imposible —dijo alguien más.

—Nuestra Iglesia parece no ser tan nuestra y se acomoda con facilidad del lado de los vencedores.

—No, las autoridades eclesiásticas excomulgarán a Napoleón, seguramente.

—Seguramente.

—Primero la sequía y ahora esto. Malos augurios.

—Seguramente.

—¿Qué se escucha de la capital, Epigmenio?

—No he ido a la capital hace un buen tiempo.

—Dicen que Iturrigaray ya concentró al ejército en Xalapa, por si las tropas napoleónicas quieren invadirnos. ¿No lo ha escuchado?

—El virrey es un corrupto, no hará nada. Dicen que, en su ambición, hasta quiere convertirse en rey.

—Mientras no se levanten los indios, todo es aceptable.

Claro, firme a ratos, sensible, se había ganado un sitio entre la gente de trabajo pese a su carácter ligeramente agrio y su tendencia a perder los estribos cuando aumentaba la presión. Afortunadamente, se trataba de explosiones cortas tras las cuales el comerciante volvía a su seriedad habitual y, cuando era el caso, no dudaba en disculparse inmediatamente. La clientela confiaba en el reciente viudo, a quien veía con sincera lástima.

—Usted es leído, explíquenos qué pasa. Nosotros sabemos de maíz, de cebada, pero nada de política. No tenemos cabeza para otra cosa.

Habían sido dos años sin lluvias, aunque las gallinas seguían produciendo huevos, las vacas leche y los marranos

tocino, pero no en las cantidades esperadas. Pese a que la gente atendía con fe las ceremonias religiosas y respetaba al papa, al rey y al virrey, y a las insistencias de las almas pías sobre que el sol salía de un lado y se acostaba del otro mostrando que, a Dios, la debilidad humana seguía retorciendo la paz divina. Al paso de los días, el mal de susto se iba acumulando, incontenible, entre los cultos, peninsulares, criollos y algunos mestizos. El hervidero encarecía los precios y subía los pedidos por si acaso, por si venía la guerra, por si se llevaban las cosechas a España, por si los acaparadores escondían los granos, por si aumentaban los impuestos para apoyar la guerra de Fernando contra los franceses, por si Napoleón decidía confiscar todo, por si había que mantener por mucho tiempo al impresionante ejército acantonado en Xalapa, por si la vida se tornaba incomprendible, por si acaso... todo era por si acaso.

—No es justo —dijo una de sus clientas consentidas—. Los precios se han duplicado. A este paso, no aguantará ni la Santa Madre Iglesia.

Si era difícil entender a distancia lo que pasaba en la Ciudad de México, más complicado era lo que sucedía entre el rey padre y el rey hijo en España, no había un espejo que mostrara la verdad con exactitud y permitiera asignar culpabilidades y crear alguna afinidad. Los letrados, los ricos, los militares, el clero, no tenían una misma versión ni sugerían una misma estrategia ante los infortunados decires que rondaban la Colonia. Parecía el anticipo de la lluvia, con el aire resonando más fuerte y un profundo olor de agua sintiéndose antes de la llegada de los aguaceros, cuando las cosas no se distinguen con claridad bajo los nublados, pero se huelen con el anuncio de la borrasca.

Y, en medio de todos, una enorme masa de indios dolientes y silenciosos sumían la mirada entre los hombros y sólo callaban y bebían y se escondían en su propio pellejo de maíz crudo. Eran incomprensibles hasta para ellos mismos. Los decires también iban hacia ellos.

—Todo está bien, mientras no se vuelvan revoltosos, como pasó hace unos meses en la Sierra Gorda. Hasta el corregidor tuvo que intervenir para meterlos por la fuerza en santa paz.

—No eran culpables— trató de justificarlos.

—Lo que sucede es que usted los mira con gran complacencia, amigo. ¿Cómo saber qué piensan, si son callados como tapia? De tanto sólo mirar, parece que odian.

Justo esos días agotados y ventosos, donde uno se iba a casa con el Jesús en la boca, Ignacio Pérez lo atajó en el camino de regreso y le recordó las reuniones de un grupo de amigos.

—Asiste, hombre, que te hará bien —le dijo amable, cortés, como siempre lo había sido ese caballero, alcaide de cárcel, al que conocía de años y a quien confiaba sus secretos y sus desasosiegos—. Te servirá para descansar el alma, distraerte un poco y entender qué pasa.

Pérez conocía sus dolores, causados por la ronda de la muerte. Lo acompañó en el entierro, cuando las condolencias agobian y clavan aún más las penas; lo esperó a distancia, mientras él se despedía por octava vez de aquel montículo donde habían depositado el cajón de madera conteniendo a la mujer que le había sido dada para toda la vida, una vida que resultó ridículamente corta; lo apoyó en silencio cuando la casa se le hizo fría y la melancolía insoportable al grado de decidir que, en unos días, se movería a vivir a la tienda, con su hermano Emeterio. Aquel hombre afable

se había mantenido siempre pendiente, cerca sin apretar y lejos sin abandonar, mientras González se ponía su traje de viudez.

—Espabílate. Asistir a la tertulia te hará bien para el olvido —repitió.

—Pero yo no quiero olvidar.

—No eres un hombre viejo, te llegará la resignación y podrás casarte nuevamente —insistió—. Mientras esto sucede tienes una vida que reparar, la tuya, y ocuparte de otras cosas es mejor que tomar té de tila o acudir a los maitines.

—Ya me ocupo de la introducción de lana.

—Negocios, sólo negocios. ¿Qué pasó con tu terquedad política?

—¿Siguen con las reuniones de los Apatistas?

Ignacio sonrió ante la mención del antiguo nombre de aquel grupo, unido en las preocupaciones a causa de un virreinato cada vez más turbio.

—Seguimos. Cada semana. Y hablamos un poco de todo, como lo hacías tú: la falta de agua, las cofradías de Semana Santa, algunos versos, leyendas, seguimos haciendo décimas y nos reímos de ellas, continúa la tradición del chocolate caliente y las charlas sin sentido. También nos quejamos de los comerciantes que encarecen los suministros...

—¡Hey! —protestó—, que el problema no somos nosotros.

—...y comentamos las noticias llegadas de la capital. Tratamos de no aburrirnos.

—La familia real no da tregua para el aburrimiento.

—Parece que no —sonrió Pérez— pero ya era hora de que cayera Godoy. Esperamos que quien llegue al poder quite la consolidación de vales reales.

—Imposible. Menos ahora que antes. ¿Quién cubriría los costos de la guerra en la península? Lo único real es que Iturrigaray ha perdido a su protector y nosotros hemos obtenido dos reyes.

—O tal vez tres —acotó Ignacio con sorna—: el francés y los dos españoles.

—O tal vez cuatro, no descartemos al local. Nuestro virrey sueña en grande.

—Y hace en pequeño— replicó Pérez, ocasionando en ambos una carcajada— aunque ya asume un aire marcial, como si lo hubiera parido la realeza.

Una mueca rígida se acomodó en su rostro, imitando el mirar pretencioso de Iturrigaray, antes de continuar.

—A cualquier macuarro le gusta que le canten salvas solemnes.

Un poco más bajo que él, Pérez caminaba con trancos diminutos, siempre de prisa. Ágil, simpático, aquel hombre cauterizaba con su afecto los malos tiempos, tan presentes. De pronto recordó su propia vehemencia, anterior al ardor criminal provocado por los dolores. ¿Seguía siendo él, ese tendero arrebatado e inconforme?

—Dicen que la llegada de los representantes de las juntas de Asturias y Sevilla aclarará el panorama.

Los enviados habían llegado de España para solicitar, para exigir reconocimiento a su investidura y fidelidad a la Corona, una Corona difusa y acéfala que resurgiría algún día. En los últimos días habían tenido amargos desencuentros con los miembros del ayuntamiento de la capital, quienes tenían sus propios puntos de vista y deseos de adquirir cierta autonomía, al menos mientras España resolvía sus desaguisados. Había personajes brillantes entre los que deseaban formar una Junta:

Talamantes, Verdad, Azcárate, un equipo contrapuesto a los europeos y a la Inquisición, que había declarado herético el principio de soberanía popular esgrimido con frecuencia por el síndico Verdad.

—¿Y habrá que creer a los que dicen que dicen? Yo no me fío.

—Escúchate, González —Pérez reaccionó sorprendido—, cuando quieres, estás vivo. Deberías volver, haces falta en las reuniones. Eras un elemento esencial.

—Y uno de los fundadores.

—Cierto. Extrañamos tu intensidad, tus protestas, hasta tus enojos. Tu silla sigue ahí, para que muestres si aún recuerdas algunos versos. El grupo necesita ese impulso para no perderse en murmullos.

Si no fuera por su duelo y los sobresaltos causados por la escasez, podría decir que aquella era la mejor etapa de su vida y que, pese a no disponer de ningún título o estirpe, el señor González se consolidaba entre los importantes de la ciudad. Llegaría a viejo, seguramente, en medio de un gran reconocimiento.

Finalmente llegó el embarque esperado. Durante las últimas semanas, La Concepción había tenido que negar pimienta, zarzaparrilla, grana, e incluso la última fanega de cacao Guayaquil se había agotado días antes, con gran desazón para la clientela. De no ser por un tonel de vino en reserva, con el que compensaba a sus clientes más importantes, el malestar habría provocado un rápido descrédito del local, incapaz de competir con el almacén de don Fernando Romero, un viejo comerciante manchego asentado con su familia veinte años atrás por el rumbo de la Santa Cruz y quien se distinguía por los embutidos y olivas que recibía directamente de un hermano

en la península. No se recordaba una crisis igual en el abasto, ni siquiera cuando, en 1803, los naufragios en el bajo del Alacrán del bergantín *María* y la fragata *El Rosario* causaron gran escasez de productos importados, pero entonces se pudo compensar con bienes locales. Ahora, sin embargo, los campos lucían raquíuticos y eso generaba más nerviosismo, más hurtos, más violencia en los caminos.

—Es una bendición, la carga llegó justo a tiempo —anunció Emeterio tranquilizándose—, estábamos muy cortos de bálsamos y queda sólo un tercio de harina.

—De todas maneras, no surtas pedidos de pánico. El país parece querer pudrirse, tal vez convenga ser cautos. Las sombras no desaparecerán con un embarque.

## ☛ TRES 1836, LA CÁRCEL

—¿En qué mes estamos? —se escuchó en la oscuridad.

—Diciembre. Se nota por la humedad del aire.

—Esto siempre está húmedo —rumió alguien desde la pared del fondo.

—¿De 1834? ¿1835?

—No. 1836.

—¿Seguro?

—Seguro.

Habían pasado quince años del final de aquellas refriegas independientes. En septiembre de 1821, Iturbide había entrado a la otrora capital novohispana sellando públicamente su victoria con tres garantías. El país era libre para lo que viniera, incluyendo los propios sueños de grandeza del flamante libertador, quien se había pasado al bando independiente justo a tiempo para concretar alianzas y cerrar el círculo de violencia y muertes absurdas en ambos lados. Aquel día lejano, la marcha de la victoria había resultado esperanzadora. La capital lo recibió festiva, pero cansada, tras muchos años de preocupaciones y dolores, de inquietudes diarias por entender qué estaba sucediendo y de ocultarse de unos y de otros, de muertes y caudillos breves, de una sucesión de libertadores y batallas